

UN RUMOR DE ALAS

George Henson

Y me siento dentro de él y a él dentro de mí. Siento no solo el lazo que conecta a todos los hombres, sino el lazo fatídico entre escritor y traductor, ese mismo vínculo que debió sentir el maestro con Gombrowicz y Andrzejewski.

Cuando me senté a escribir este texto, no tenía la menor idea de cómo empezar. Como la mayoría de los traductores, me siento mucho más a gusto en la tierra de los escritores, una tierra feraz, ya sembrada, presta para la cosecha.

Ante la hoja en blanco, veía una tierra yerma e inhóspita, seguramente como la tierra de Potrero, el ingenio donde pasó Sergio Pitol su niñez; un lugar que Elena Poniatowska calificó como “una tierra caliente, [de] vainilla y especias, cañaverales y zopilotes y gallos intolerables por su insistencia”.

Cómo podía yo escribir, y en español, idioma que no es mío, algo tan hermoso como:

Bastó solo abandonar la estación ferroviaria y vislumbrar desde el *vaporetto* la sucesiva aparición de las fachadas a lo largo del Gran Canal para vivir la sensación de estar a un paso de la meta, de haber viajado durante años para trasponer el umbral, sin lograr descifrar en qué consistiría

esa meta y qué umbral había que trasponer.

Esa laberíntica oración con la que Pitol inaugura *El arte de la fuga*, el primero de sus libros en ser traducido al inglés, la oración por la que conocí al escritor que, sin saberlo, fue convirtiéndose en mi maestro; una oración que desde el primer verbo me supuso un reto que pensé que jamás podría superar. Después de traducir el párrafo, el cual sirve no solo como introducción a *El arte de fuga* sino también como presentación de Pitol a un nuevo público anglosajón, no pude sino preguntarme: ¿le gustará al maestro mi traducción?, ¿le habré hecho justicia a su prosa?

En *El arte de la fuga*, el maestro describe el pavor paralizante que sintió la primera vez que vio su obra impresa:

El sentimiento de exultación que algunos autores dicen experimentar al tener ante sus ojos el primer texto publicado y ver su nombre impreso bajo el título a él decidida-

mente le resulta vedado. Sucede todo lo contrario. De momento se queda paralizado; después, paulatinamente, lo va invadiendo una sensación de vergüenza que termina en náusea.

Así me sentí cuando se publicó mi traducción del primer volumen de la *Trilogía de la Memoria*. Al abrirla, de repente, el calambur italiano “traduttore, traditore” ya no era broma o un mero juego de palabras; se había convertido en mi acusador. Sería descubierta. Mi engaño estaría expuesto. No era traductor sino traidor.

Empecé a escribir este texto en mi pueblo natal, Sapulpa, un poblado de unos veinte mil habitantes ubicado en el estado de Oklahoma, Estados Unidos. Acababa de enviar a mi editor el manuscrito de mi traducción de *Vals de Mefisto: cuentos elegidos de Sergio Pitol*, el cuarto libro del maestro xalapeño (lo escribo con “x” porque así lo hizo él) que he traducido.

Fue allí donde revisé mi traducción de *El arte de la fuga*, donde traduje la mayoría de *El viaje* y adonde volví para revisar *El mago de Viena*. Es un pueblo estadounidense típico, casi idílico, que el tiempo parece haber olvidado, donde los niños aún atrapan luciérnagas al *cri cri cri* de los grillos, donde los vecinos se sientan en sus porches al calor vespertino, con el abanico en una mano y el matamoscas en la otra, y donde el único rumor que se escucha al acostarse es el solitario silbido del tren. Parece mentira que un lugar tan insólito pudiera haber despempeñado un papel tan importante en la traducción de uno de los grandes escritores del siglo xx.

Al traducir en la mesa del comedor de mi hermana, pensaba en el maestro, de niño, postrado en cama, en el ingenio de Potrero, donde padecía “las fiebres

palúdicas, las malignas tercianas”; donde su “único placer provenía de la lectura” y “de grado y por fuerza se convirtió en lector de tiempo completo”; donde conoció a su *alter ego*, Iván, niño ruso, a quien nos presenta en *El viaje*. “Era yo un niño bastante loco”, escribe el maestro, “muy solitario, muy caprichoso, me parece. Los problemas de mitomanía me duraron unos cuantos años, como defensa ante el mundo”. Al leer esta confesión simpatiqué por primera vez con él. Potrero, “lugar tan insalubre como con toda seguridad lo habrán sido en la misma época las fincas de Nueva Guinea, del Alto Volta o de la Amazonia”, parece un universo ajeno y en nada comparable a mi pueblo natal, lugar tan idílico como con toda seguridad lo habrán sido los pueblos de Tom Sawyer, de la pequeña Scout de *Matar a un ruiseñor*, pero cuyo sonido parece evocar Xalapa: Sapulpa. Pueblos que nos unían.

Aún hoy no dejan de sorprenderme nuestras diferencias: las épocas en que nacimos. El carácter de los pueblos. Los países. La situación familiar. En nada me parezco al maestro, me digo. La única excepción es nuestro afán de inventarnos otras realidades. Ahora pienso en el título de la primera parte de *El arte de la fuga*: “Todo está en todas las cosas”. Releo:

Cada uno de nosotros es todos los hombres. ¡He sido, parece proclamar el protagonista, Otelo y también Yago y también el pañuelo perdido de Desdémona! ¡Soy mi abuelo y quienes serán mis nietos! ¡Soy la vasta piedra que cimenta estas maravillas y también soy sus cúpulas y estípites! ¡Soy un mancebo y un caballo y un trozo de bronce que representa un caballo! ¡Todo es todas las cosas!



Vendedora de caimitos

Y me siento dentro de él y a él dentro de mí. Siento no solo el lazo que conecta a todos los hombres, sino el lazo fatídico entre escritor y traductor, ese mismo vínculo que debió sentir el maestro con Gombrowicz y Andrzejewski.

Desde que empecé a escribir este texto hace un par de semanas, me he trasladado a Monterey, California, una ciudad pintoresca en la costa pacífica, donde por las noches se escucha el chirrido de las gaviotas y pienso en “Nocturno de Bujara”, el cuento en que el maestro describe el “graznido feroz que emite el cuervo [...] en el momento de ser descuartizado”. Esta tierra que ahora habito no es infecunda; al contrario, rebosa de vida, de aves marinas, de focas, de lobos marinos, de ballenas, de pinos al-

tos y cipreses frondosos; un paisaje, imagino, que se asemeja a la costa veneciana. Pienso de nuevo en el joven Pitol en Venecia, donde se le habían perdido, la primera de un sinnúmero de veces, los lentes. Ayer fui al acuario. De repente descubrí que no traía mis lentes. Llevaba las gafas de sol. El acuario estaba oscuro. No veía con las gafas ni sin mis lentes. Como al mismo Pitol en Venecia

se me escapaban los detalles, se desvanecían los contornos; por todas partes surgían ante mí inmensas manchas multicolores, brillos suntuosos, pátinas perfectas. [...] Caminaba entre sombras. Veía y no veía, captaba fragmentos de una realidad mutable;



Fridita

la sensación de estar situado en una franja intermedia entre la luz y las tinieblas se acentuó más y más.

Si bien la vida de Pitol fue un constante viaje, mi relación con su obra también lo ha sido. Pienso en un viaje que hice a la Ciudad de México hace tres años, donde traté de trazar los pasos del maestro en la Zona Rosa, donde me encontré súbitamente frente al restaurante Bellinghausen, que Pitol frecuentaba. Recordé el divertido episodio que relata en *El arte de la fuga* mientras de mis ojos brotaban

Si bien la vida de Pitol fue un constante viaje, mi relación con su obra también lo ha sido. Pienso en un viaje que hice a la Ciudad de México hace tres años, donde traté de trazar los pasos del maestro en la Zona Rosa.

lágrimas al imaginarlo allí unos cuarenta años antes. Pienso en el edificio Río de Janeiro en la Colonia Roma, con el que me topé por casualidad, donde inmediatamente identifiqué el escenario de la novela *El desfile del amor*. Pienso en un viaje que hice a La Habana hace cinco años, cuando me enteré de que el maestro se encontraba en la ciudad. Pienso en los esfuerzos que hice para conocerlo. Al no poder ubicarlo, deambulé por las estrechas y adoquinadas calles de La Habana Vieja, ubicándome delante de los sitios que menciona en *El mago de Viena*: el bar Floridita, el ya inexistente teatro Shanghai, el restaurante La Zaragozana, esperando encontrar un vestigio palpitante de sus visitas a la capital cubana, la primera como un joven de unos diecinueve años y luego unos cincuenta años después, tras habersele diagnosticado con la enfermedad que le robaría el lenguaje, deseando palpar su espectro.

Después de la muerte del maestro, Elena Poniatowska me envió un tributo que le había dedicado a su amigo para que lo tradujera, en el que lo retrata como “un mago, quizá el de Viena, el hombre de los mil ojos que vuelan como palomas hacia todos los horizontes, llevan en su pico todas las cartas, cruzan todos los océanos. Por eso, en torno a Sergio Pitol suele escucharse un rumor de alas”.

Termino este pequeño homenaje a mi maestro y escucho ese rumor de alas. **LPyH**

George Henson es profesor de traducción en el Middlebury Institute of International Studies en Monterey, California. Es también traductor, entre otros autores, de Sergio Pitol, Elena Poniatowska, Juan Villoro, Alberto Chimal y Luis Jorge Boone.